

la manera de antiguos camaradas que se preparan a andar alegre cacería en la montaña profunda. Madero recorre con la vista los trastajos y cachivaches amontonados en el extraño comedor; y volviéndose al sirviente le dice:

—Con este peso, cómprame los periódicos del día. Quiero saber qué ocurre.

Angeles, Pino Suárez y yo, cambiamos una mirada de inteligencia. En los periódicos leería, con espantosos detalles, la muerte de Gustavo. Pero, a una sola reflexión, en el fondo hábil pretexto, cedió el desventurado presidente: "Sería peligroso para el criado y, de averiguarlo sus carceleros, acaso pagara su imprudencia con la vida".

—Entonces, permitanme ustedes dormir la media hora de sueño que aún debo a mi costumbre....
Y se envolvió en el sudario de Gustavo....

V.

El optimismo de Madero. Pino Suárez analiza su situación. Madero pretende apelar a los medios legales. La señora de Pino Suárez entra en la Intendencia. El Ministro de Cuba sale del Palacio. Júbilo del gran mundo mexicano. Noticias espeluznantes. El ex-Canciller. Las tribulaciones de la familia de Madero. Reunión del Cuerpo Diplomático. El reconocimiento del Gobierno provisional. El Ministro Cologan redacta el discurso que ha de leer Huerta el Decano Mr. Wilson.

A las diez de la mañana todavía nos hallábamos en la intendencia del palacio nacional de México. El dormitorio acababa de recobrar sus preeminencias de "sala de recibo"; Pino Suárez, encorvado sobre el bufete, es-

cribía una carta para su esposa, que ofrecí entregarle; y Madero, sumergido en el remanso de su dulce optimismo, formulaba planes de romántica defensa. Desde luego, no concebía que tuviese Huerta deseos de matarle; ni aceptaba la sospecha de que Félix Díaz consintiese en el bárbaro sacrificio de su vida, siéndole deudor de la suya. Pero, a ratos, la idea del prolongado encierro le inquieta; y sonríe compadecido de sí mismo. Educado al aire libre, admirable ginete, gran nadador, la tétrica sombra del calabozo le amargaba. Pino Suárez, que concluye su tarea, declara que el peligro consiste en permanecer dentro de la intendencia y prefiere que les trasladen....

MADERO:—¿A dónde?

PINO SUAREZ:—A la penitenciaría. Estamos aquí a merced de la soldadesca....

Y el poeta canta sus desventuras: "Me persiguen los mismos odios que al presidente sin la compensación de sus honores, ni su gloria. Mi suerte ha de ser más triste que la de usted, señor Madero...." Ambos callan dirigiendo los ojos, casualmente, al centinela. Y Madero, rompiendo el silencio, exclama: "Somos hoy simples ciudadanos y debemos buscar protección en las leyes. ¿No lo cree usted así, ministro?"

PINO SUAREZ:—La única protección eficaz sería la del Cuerpo Diplomático.

Y analizaron el problema. Pino Suárez opinaba que convendría prometer a Huerta, por medio de los ministros extranjeros, un manifiesto, suscrito en Veracruz a bordo del crucero "Cuba", obligándose a no tomar parte en la política; mas, a juicio de Madero, Huerta recordaría que jamás cumplieron compromisos de este género los caídos que firmaron tales manifiestos. Y añadió con altivez: "Pues, vaya! ¡Que crea en nuestra palabra y... en la suya!" Fácilmente llegaron a un acuerdo.

MADERO:—Pino Suárez escribirá a su esposa para que presente al juez recurso de amparo a su favor; y yo

suplico a usted, ministro, que les diga a mis padres que presenten uno por Gustavo y a mi señora que presente otro por mí. . . .

En ese instante apareció, ante nuestra vista, envuelta en tupido manto negro, la esposa de Pino Suárez. Al acercarse, descubrió el rostro y se arrojó, deshecha en lágrimas, a los brazos de su ilustre marido. Un caballero que la había guiado, nos explicó aquel milagro. "En estos momentos cambian la guardia y casi de sorpresa hemos penetrado hasta aquí. . . ." En efecto, minutos después, el nuevo jefe saludaba con respeto a Madero, y le rogué que pidiese, por teléfono, para retirarme, el coche de la Legación de Cuba.

MADERO:—Usted gestionará con el Cuerpo Diplomático. . . . si lo considera prudente. Pero, no queremos causarle otras molestias. . . . Y lo relevo del recado a mi familia, que transmitirá la señora de Pino Suárez.

Nos despedimos como quienes en corto plazo han de volver a verse; y el general Angeles, a la salida, nos apretó la mano fraternalmente.

El patio era todo sol y alegría. Centenares de soldados en amoroso deleite con sus mujeres, comían hartándose, las clásicas tortillas de maíz, sentadas las parejas, unas, en los petriles de las ventanas, las más en el suelo, y rodando en simpático desorden fusiles y mochilas. El coche atravesó lentamente los grupos de tropa y de curiosos. Los caballos, a paso de ceremonia, producían ruido sordo, ondulante, retumbado arriba en los oídos de Huerta. Entre los arcos del patio contiguo, varias chisteras andaban de prisa. Y el coche, pesadamente, asoma a la vida de la calle por la inmensa puerta del palacio. Rodea el zócalo que guardaba su gesto de locura; y marché por la Avenida de San Francisco. Estaba de fiesta el gran mundo mexicano. Lucían damas y magnates, en magníficos trenes, el júbilo de una victoria funesta. De extremo a extremo saludos "inefables" como caricias. Y mientras Madero iba al suplicio envuelto en el sudario de Gustavo, los elegantes, los ricos, los dueños

del latifundio, regresaban del ostracismo en el alma de Porfirio.

Mi familia, era presa de honda angustia. Circulaban, por la ciudad, noticias espeluznantes de la suerte de los cautivos; y habían informado, a mi esposa, de que Madero y Pino Suárez murieron en súbita refriega, con riesgo de sus acompañantes; falso rumor que fué personalmente a desmentir el señor Lascurain, y que desvaneció, en seguida, el telefonema desde palacio pidiendo "el coche del señor ministro". De la legación pasé a la casa del excanciller, donde encontré a la familia del señor Madero, que me refirió los tormentos y zozobras de la noche anterior. Dispuesto el convoy para emprender viaje a Veracruz, familiares y amigos ocuparon los vagones. Transcurren inútilmente las horas; el señor Lascurain, y nuestro colega de Chile, van a palacio sin conseguir entrada; y a las dos de la mañana, cuando los prisioneros dormían, resignados al infortunio, sus deudos abandonaban la estación refugiándose, conscientes de la inmensidad de su desgracia, bajo la noble bandera japonesa. . . . Finalizaba el doloroso relato, hecho simultáneamente por muchas voces, al entrar el señor Lascurain, profundamente emocionado. Las circunstancias le habían discernido, en el drama, el trance más difícil y sólo el tiempo será escrupuloso depurador de su conducta, limpia de la falta que sus adversarios le atribuyen. Uno tras otro, llegan varios colegas; y se proyectan gestiones desesperadas: hablar a Huerta, conmover a Wilson. . . . Luego, desfilaron poco a poco ministros, damas, parientes y amigos, cada cual a mover algún resorte de piedad.

Las nueve de la noche. Al frente de la embajada americana se detienen varios automóviles. Los grupos que charlan en torno del pintoresco edificio, dejan franco el paso de la verja. Y unos cuantos caballeros de aspecto grave, suben la escalinata y hablan y se saludan. Son todos ministros extranjeros y acuden a la invitación de Mr. Wilson, el decano, que les recibe cortesmente.

Yo, de una mirada, reconozco el lugar donde Huerta y Félix Díaz, queriendo devorarse, en homenaje a la dura conveniencia, se abrazaron, y, precisamente, a la derecha de la mesa que conmemora el famoso "pacto de la Ciudadela" en realidad "pacto de la embajada", ocupó hermosísima butaca el insondable diplomático, enemigo férreo del blando Madero. Una docena de potencias de todos tamaños, en las personas de sus "enviados", formaron, en círculo perfecto, sobre la alfombra verde y roja, el tendido del próximo torneo. Mr. Strong, ministro inglés, cierra los párpados y respira fuerte por las narices. Cólogan, el de España, en un sofá, cruza sus largas piernas, frota con ambas manos su barba gris y conversa, a un lado, en buen francés y al otro, correctamente, en la lengua de Shakespeare. Junto a Cólogan el señor Cardoso, del Brasil, mi amigo desde Petrópolis. Más allá, el de Alemania, un contralmirante chico, redondo, lampiño, amable por hábito, que llega el último y ríe con el de Noruega una gracia germánica. El embajador "abre la sesión" y dice en castellano:

—Señores ministros....

Podía escucharse con sus palabras el vuelo de una mosca. El objeto principal de aquella junta lo proporciona la nota del subsecretario de Relaciones Exteriores en que participa, al decano, la ascensión del general Victoriano Huerta a la Presidencia de la República, "por ministerio de la ley", y su propósito de recibir al siguiente día, a los once, en el palacio nacional, donde estaban presos todavía Madero y Pino Suárez, al Honorable Cuerpo Diplomático.

EL EMBAJADOR:—Dos cuestiones plantea el despacho del señor Subsecretario. El Cuerpo Diplomático ¿asiste a la recepción? El Cuerpo Diplomático ¿reconoce al general Huerta Presidente de la República?

Para el señor Cólogan no pueden los ministros extranjeros negarse a reconocer el gobierno provisional, producto de la Constitución mexicana, igual que lo fue el del señor de la Barra, al renunciar Porfirio Díaz. Mr.

Wilson asiente, el inglés abre los ojos, el alemán parece que dice algo de importancia. Me dispongo a prestarle atención. Pestañea; nervioso y sonriente frunce los labios imitando con ellos un adorno de trapo; y mudo gana la delantera, por discreto, a las demás potencias. Mr. Wilson, satisfecho, y dando por resuelto con el segundo el primer extremo de la consulta, recupera la palabra:

—El acto será solemne y de rigor debo leer en él un discurso que ahora convendría confeccionar.

El embajador se detiene y con la mirada interroga a diestra y siniestra. Algunas cabezas afirman. Otras, a semejanza de la del centinela de la intendencia, se mantienen como talladas en mármol. Propuso, entonces, el atañado embajador, una comisión redactora, que supiese el habla de Cervantes. Y a renglón seguido pronunció tres nombres:

—España, Inglaterra, Alemania.

Jamás le ocurría, y es de observarse, a Mr. Wilson, que en las comisiones, de ese carácter, figurasen ministros latinoamericanos, el de Chile o el del Brasil, por lo menos, en materia diplomática doctísimos y no inferiores, en saber, a los europeos allí presentes. La cuestión mexicana afectaba directa y hondamente a la diplomacia continental; a la política y a los intereses de las naciones latinoamericanas; y debieron siempre hallarse representadas, por sí mismas, en la constante labor del cuerpo diplomático.

Retiráronse, a deliberar, los tres personajes y en cuatro rasgos interpretaron la expresa voluntad y el manifiesto anhelo de Mr. Wilson. Cólogan, es hombre inteligente, avezado a los empeños diplomáticos, bondadoso, hidalgo. El embajador lo quiere. Y nunca estorba al embajador en sus designios.

—Muy bien!—exclama Mr. Wilson a cada sílaba que lee ufano el ministro de España; y Cólogan disfruta de una gloria, deleznable, es cierto, efímera, sin duda, pero intensa: la gloria literaria. El documento circula de aquí

para allá; lo examinan muchas gafas de oro; y su autor, complaciente y animoso, lo traduce al francés, al inglés, al alemán, al italiano, al noruego, al portugués, al ruso, a más idiomas que lo hayan sido las novelas de Pérez Galdos, los dramas de Echegaray, las comedias de Benavente y los versos de Nuñez de Arce....

El honorable Cuerpo Diplomático rubrica y sella, con sus sellos particulares, en espíritu, el convenio del reconocimiento. Ahora toca el turno a la suerte de Madero y Pino Suárez.

EL EMBAJADOR: (amable, señalándome con la hoja de papel escrita por España, Inglaterra y Alemania):—El señor ministro de Cuba acompañó anoche a los prisioneros; y yo le ruego que nos ilustre con sus informes.

EL CUBANO:—Señores ministros....

VI.

El Cuerpo Diplomático se informa de la situación en que se hallan Madero y Pino Suárez. Gestiones particulares de los ministros. Wilson declara que Huerta, ya presidente, respetará la vida de los prisioneros. El Ministro de Cuba niega que Madero diese muestras de demencia. Cuba ha conquistado los corazones honrados.

Pero, el señor ministro de Chile había presenciado el acto en que firmaron los prisioneros la renuncia de sus cargos, y le cedimos el turno en provecho de mejor información. El señor Hevia Riquelme es un diplomático de brillante ejecutoria; y andaba, con paso firme y seguro, en terreno conocido. Ojos pequeños, vivaces; nariz recortada; y, sobre la fina perilla, copo de nieve pen-

diente del labio, erguidos y largos los bigotes blancos. Era su silueta la de un noble de los tiempos de Felipe IV; aristócrata por el gesto, los modales y el generoso arranque. Habla con lentitud y refiere, detalle por detalle, el singular proceso. Reproduce con minucioso encanto el escenario; y cita nombres, retrata personajes, describe situaciones. El auditorio escucha con respeto. Mr. Wilson mueve pausadamente la cabeza; y de nuevo nos brinda la palabra, apenas concluye el chileno su relato.

Las miradas vuelven sobre el ministro de Cuba, que explica cuanto no ignora quien haya leído estas "notas", y algunos colegas le interrumpen con preguntas que en seguida responde.

EL MINISTRO H. (europeo):—¿Es cierto que al señor Madero le maltratan?

EL MINISTRO DE CUBA:—¿Maltratarle? Según lo que se entienda por maltrato....

EL MINISTRO H.:—Entiendo por maltrato una residencia incómoda, mala comida, falta de servidumbre....

OTRO MINISTRO (también europeo):—Se dice que no han proporcionado al señor Madero cama en que dormir....

EL CUBANO:—Los señores Madero y Pino Suárez no se quejan de la comida, ni es incómoda la habitación. Solo les falta lecho en qué acostarse.. y más prudencia de sentinelas.

EL MINISTRO H. (Señalado por su enemiga al gobierno y a la persona de Madero):—Oh, eso es impropio. No se puede olvidar que el señor Madero ha sido hasta ayer el jefe de la nación.

EL MINISTRO X.:—Yo no creo que peligre la vida de Madero y Pino Suárez.

EL EMBAJADOR:—El Presidente Huerta no consintió la salida del tren que había de conducirlos a Veracruz, por razones de orden político.

EL CHILENO:—Todos los ministros convenimos en

recomendar personalmente al señor Huerta el trato más benigno para ambos presos.

Y uno por uno fué preguntando a cada colega si había gestionado en favor de los caídos.

MR. WILSON:—El señor ministro de Alemania me acompañó a entrevistar, con ese fin, al presidente.

El de España, dió pormenores de su conferencia con el general Huerta; y otro tanto el del Brasil. Uno solo no quiso unir sus votos a los nuestros. Lo declaró con tono solemne, con frase intencionada, corta, maciza.

Al despedirme, Mr. Wilson, regocijado, sostuvo conmigo, a media voz, un diálogo sugestivo y trascendental:

EL EMBAJADOR:—¿Piensa usted, ahora, ir "allá"?

EL CUBANO (sonriendo y procurando leer en el alma de Mr. Wilson):—¿A dónde?

EL EMBAJADOR:—"Allá".... al palacio con el señor Madero....

EL DE CUBA:—No, señor embajador. Nadie me lo ha pedido.... Yo fuí anoche, porque así lo concertaron los señores Huerta y Madero. Me quedé porque, a última hora, una de las partes, Huerta, faltó al compromiso, y hubiera sido repugnante que yo abandonara en ese momento a la otra parte, al señor Madero, que me consideraba su única garantía, y como tal garantía fuí llamado, en acuerdo con el propio Huerta.

EL EMBAJADOR:—Se condujo usted noblemente, ministro; y al general Huerta no le ha disgustado su proceder; porque usted es ahora buen testigo de que nada sufre el señor Madero. De ayer a hoy las circunstancias han variado por modo extraordinario. El jefe del ejército, sublevado contra el señor Madero, a quien pudo fusilar, se ha convertido en Presidente de la República y tiene, ante los Estados Unidos, y ante el mundo, la responsabilidad de la vida del señor Madero....

EL CUBANO:—Usted cree, embajador....

EL EMBAJADOR:—Sería una desgracia para Huerta el matar al señor Madero. Anoche, estando usted a su lado, no se hubiese atrevido Huerta a tocarle; pero, hoy la vida del señor Madero corre menos riesgo que la de usted y la mía. Su único peligro (añadió riendo) es un terremoto que lo sepulte bajo los escombros del palacio nacional.... El señor Madero no necesita ya de que usted le ampare. Todo se ha hecho para salvarle y está salvado.... (Mr. Wilson se detuvo como reflexionando y continuó): Al general Huerta le han dicho que el señor Madero daba anoche muestras de completa demencia y que esto decidió a usted a no dejarle....

Para el embajador, la solución del problema consistía en encerrar a Madero en un manicomio, y me produjo honda alarma la idea de que esa cruel medida se adoptase, dando yo la falsa prueba.

EL CUBANO:—Han engañado al general Huerta. Jamás he visto al señor Madero tan sereno y tan lúcido....

Mr. Wilson es hombre flaco, de estatura mediana; nervioso, impaciente, impresionable; facciones duras y semblante seco; bigote gris, caído; mirada penetrante; y los cabellos, en gran pobreza, divididos en raya sobre la mitad de la frente....

—¡Oh!—interrumpe—¿es cierto eso?

EL CUBANO:—Sí, embajador; Madero guardó anoche tranquila compostura; más en calma que ahora estamos nosotros. En todo el tiempo que estuve junto a él, no habló mal de nadie, ni siquiera de sus peores enemigos, de Huerta, de Félix Díaz, de Mondragón....

En la calle el grupo de curiosos contemplaba el desfile de ministros. Varios caballeros, casi en su totalidad yanquis, me detuvieron:

—Señor ministro—dijo uno de ellos:—ha sabido usted conquistar para Cuba los corazones honrados....

VII

La diplomacia europea y la diplomacia intermediaria del yanqui. Recepción en Palacio. El reconocimiento de las potencias. Los discursos. Dulces y bicores. Las damas de la familia Madero. Gestiones desesperadas. Los leales se esconden o huyen. Entrevista de la esposa de Madero con el embajador Wilson.

Habrás penetrado, lector, en la importancia que tuvo, para los destinos de México, la última reunión del Honorable Cuerpo Diplomático, toda ella repleta de enseñanzas para los que reconocíamos, en el dolor de la patria de Juárez, algo de nuestras propias desventuras. Vagando, en torno de los representantes europeos, la sombra de Monroe, nadie intenta contrariar al embajador americano. Al romper la tempestad, el europeo se acoge a la diplomacia intermediaria de Mr. Wilson, a quien supone intérprete de su gobierno, sólidamente respaldado por la sesuda cancillería de Washington. No se escapaba, desde luego, al sereno observador, lo turbio y contradictorio de la política seguida por el yanqui, exajerado en sus juicios e impropriamente enardecido en contra del indefenso Madero, que tuvo en él epiléptico adversario; pero, los ministros del Viejo Mundo imaginaban los hilos en manos del presidente Taft, y amoldaban sus principios, y los ideales del derecho y la justicia, a Mr. Wilson, especie de Providencia de los intereses mundiales, confiados a la táctica de los Estados Unidos. En las relaciones de Europa con la América Latina, ése es el régimen vigente. ¿Podían negarse aquellos ministros al dictamen de Mr. Wilson, que oficialmente encarnaba el poderío, la voluntad, el firme propósito, los designios de la gran República del Norte? El embajador se alza entre ambos Continentes; y ejerce de Supremo Dele-

gado Universal. Necesita libre los brazos para la inmensa responsabilidad que descarga el planeta sobre sus hombros; y no le oponen resistencia los europeos, ni combaten sus prejuicios, ni les preocupa el móvil de sus planes, diplomacia espectante y, en cierto modo subalterna, estrecha, limitada, estrictamente profesional, sujeta a resortes fijos y distantes que, a veces, los propios ministros desconocen. El diplomático europeo que sabe de memoria su papel lleva el espíritu cortado a la medida que exigen las circunstancias; obedece a un mecanismo de tradicional habilidad, y cumple su misión, ahora, fingiéndose indiscreto, después apretando los tornillos de la reserva; si violento, obedece algún mandato; si calla y se resigna y endulza su lenguaje, es el soplo de su gobierno que lo inspira y lo dirige y lo domina. Mr. Wilson, en cambio, desborda sus iras y refleja, en el semblante, el interno fuego de sus pasiones. Le falta benevolencia; y lo aturde la fuerza que guarda sus espaldas. Juguete de medieval orgullo, su diplomacia es ciencia de coloso. Y sintiéndose coloso está satisfecho de su obra. En un "regio" departamento del palacio nacional, conversa con sus colegas, todos, y él mismo, de uniforme. Desperté de un sueño luctuoso, entre casacas bordadas de oro, radiantes de luz, y espadines y tricorneos y plumas y penachos; y en orden de rigurosa precedencia, a la señal del flamante jefe del protocolo, fué la marcha al Salón de Embajadores. Un grupo de "chambelanes", en la puerta, presenciaba alegremente el diplomático desfile, rodeando al "héroe del cuartelazo", vestido de paisano, que disfrutaba de las efímeras ventajas de un simple abrazo; y anticipaba la sensualidad presidencial, con secas reverencias a los ministros que halagaron sus ansias en artificiosa cortesía. "Está triste...", me dijo alguien al oído; y, en efecto, disimulaba sus "recelos" llenando de aire los cachetes. "No tiene cara de presidente...", observó la misma voz al chocar nuestros ojos con la mirada lánguida y el redondo cráneo de Félix Díaz. Mas, de improviso, ilumináronse sus mejillas del